

CLÁSICOS
A MEDIDA

Ivanhoe

Walter Scott

Adaptación de Lourdes Íñiguez Barrena
Ilustraciones de Raúl Allén

ANAYA

Introducción	5
I. Sajones y normandos	15
II. La cruz hundida	19
III. La hospitalidad sajona	25
IV. Noticias de Palestina	29
V. El desafío	33
VI. La gratitud del judío	37
VII. Alboroto en las gradas	41
VIII. Un esplendoroso torneo	47
IX. Un campeón misterioso	51
X. Una aventura nocturna	55
XI. El Caballero Negro	61
XII. El intrépido arquero	65
XIII. Dar posada al peregrino	69
XIV. La emboscada	73
XV. Dos hombres sin nombre	77
XVI. Un castillo inexpugnable	81
XVII. El galante seductor	87
XVIII. El honor o la vida	91
XIX. Un asedio inesperado	95
XX. ¡A las almenas!	99
XXI. «Así se conquista la gloria»	103
XXII. ¡Todo está perdido!	109
XXIII. El reparto del botín	115
XXIV. La conspiración	121
XXV. El refugio del Temple	125
XXVI. Ante el tribunal	129
XXVII. El lobo y el rebaño	133

XXVIII. Sueños de grandeza	139
XXIX. El misterio se descubre	141
XXX. El juicio de Dios	147
XXXI. Entrada triunfal del rey	151
XXXII. Paz y júbilo	155
Apéndice	159



Introducción

Una obra de ayer, de hoy y de siempre

Tenemos en las manos una obra que, desde que se publicó en 1820, no ha pasado nunca de moda. Suele ser considerada una lectura juvenil porque, en efecto, millones de adolescentes de todo el mundo la han leído y continúan haciéndolo. Sin embargo, también es leída por los adultos, ya que su autor, el novelista escocés sir Walter Scott (1771-1832), supo crear una historia que mantiene el interés de los lectores de todas las edades. Por eso, *Ivanhoe* jamás nos defraudará.

Un tiempo pasado mejor

En principio, *Ivanhoe* puede ser definida como una novela de aventuras, pero, al contrario de las que nos transportan a lugares lejanos o paradisíacos, esta nos conduce a Inglaterra, país

natal del autor, y a otro tiempo, la Edad Media. La acción se desarrolla, concretamente, a finales del siglo XII, una época dorada —el autor la denomina *merry England*, es decir, «la alegre y feliz Inglaterra»— en la que existían unos ideales caballerescos que en el siglo XIX ya se habían perdido y que, de alguna manera, Walter Scott hubiera deseado recuperar. Sin duda, por ello, el mundo que nos descubre *Ivanhoe* nos fascina y nos mueve a la nostalgia por un tiempo pasado mejor; la misma añoranza que debió de sentir Cervantes cuando creó *Don Quijote*, obra que inspiró a Walter Scott y a un buen número de escritores más.

Un argumento casi verdadero

La novela nos narra los amores de un caballero de la corte de Ricardo Corazón de León, Wilfred de Ivanhoe, con una dama sajona, lady Rowena, descendiente del rey Alfredo el Grande, en el marco del final de la Tercera Cruzada, en 1192.

Pero no es la peripecia amorosa lo que más le interesa al autor, sino recuperar la historia de su tierra. Así, en su afán por reflejar aquel mundo, nos habla de la difícil convivencia entre sajones y normandos en un momento muy cercano a la invasión de Inglaterra por este pueblo francés. Las simpatías de Scott están claramente del lado de los sajones, en especial de su líder, Cedric, y de todo su entorno. También conocemos a los caballeros normandos, que serán los personajes antagonistas de los sajones. Con unos y otros aprendemos cómo y dónde vivían, cómo comían o vestían, de qué forma viajaban y los peligros a los que se exponían en aquellos caminos, en qué consistían los torneos como forma de diversión tanto para los nobles como para el pueblo, cuál era su manera de luchar, cómo amaban y cómo odiaban...

Nos acercamos a la corte del príncipe Juan sin Tierra y a sus intrigas palaciegas para conseguir el trono y el poder, que pertenecían por derecho a su hermano Ricardo.

Nos adentramos en los bosques para conocer a los bandidos que en ellos se escondían. Y también nos introducimos en la poderosa Orden de los Templarios para saber de sus hazañas, de sus virtudes y de sus vicios.

Hemos de destacar la especial predilección que el autor siente por otro grupo social, los judíos, de los cuales nos explica cómo convivían con los cristianos en aquella época. Para ello, crea a otro de los personajes principales de la obra, la bellísima Rebeca de York. Con ella y con su padre, Isaac, conocemos cómo pensaban y a qué se dedicaban los judíos durante la Edad Media, y sentimos, también, el desprecio y la envidia que suscitaban entre las personas pertenecientes a otros grupos sociales, hasta el punto de llegar a verse envueltos en un proceso por brujería.

La importancia que Walter Scott da al tema de los judíos en su obra y el trato que dispensa a estos personajes fueron algunas de las razones del éxito que *Ivanhoe* alcanzó en su época, como lo demuestra que se publicara con los subtítulos *El judío de York* o *La hija del judío*.

Novela histórica

Por último, aprendemos también qué fueron las Cruzadas y cómo se desarrolló concretamente la tercera de ellas, en la que participan nuestros personajes.

Ivanhoe es, pues, una mezcla de aventura, imaginación e historia, en la que, además, aparecen dos héroes muy queridos en Inglaterra: Ricardo Corazón de León y Robin Hood. Resta un ter-

cero al que también se alude, aunque de forma indirecta, el rey Arturo. Con estos tres personajes, el autor rinde homenaje a la tradición, cuya defensa es otro de los puntos clave de la obra.

Pese a que *Ivanhoe* es una novela histórica, Walter Scott no es riguroso con los datos históricos que proporciona, ni tiene por qué serlo, pues él no es un historiador, sino un novelista. Lo que Scott pretende es crear un mundo en el que se reflejen los mitos, las leyendas y los valores tradicionales que han aportado los diferentes pueblos que han pasado por su nación (romanos, celtas, bretones, anglos, sajones, normandos...) hasta formar lo que él llama *Britishness*, o sea, la *britanidad*, esto es, la forma de ser de los británicos.

Pero aún va más allá: con la vista puesta en el futuro, pretende abogar por una sociedad nueva y multirracial, en la que todas las razas y las religiones tuvieran cabida, sin enfrentamientos entre ellas... Aunque esta, como el propio autor reconoce, es una utopía difícil de conseguir en la Inglaterra de su época.

Esta edición

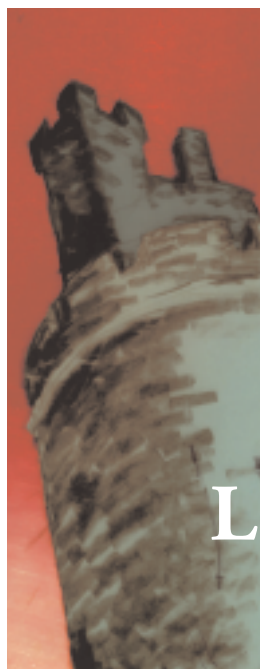
En la colección «Clásicos a medida», las obras se presentan de manera simplificada y acomodada al público juvenil al que se dirigen. En este sentido, la obra que aquí ofrecemos es una traducción y adaptación del amplio texto original. No obstante, en ella no falta ninguno de los episodios esenciales para la total comprensión de la obra, así como para el conocimiento del significado y la intención con que fue escrita por su autor.

Ivanhoe



El autor pretende reflejar en este libro
las tradiciones y costumbres
de la antigua Inglaterra y, en especial,
de las Tierras Altas de Escocia, que
todavía se conservan en el recuerdo
de muchas gentes.

Sajones y normandos



La historia que vamos a contar se desarrolla en aquella comarca de la afortunada Inglaterra bañada por el río Don; en aquellas verdes praderas que rodean la hermosa ciudad de Doncaster hasta llegar a los bosques de Sheffield, los mismos que se hicieron famosos, en leyendas y canciones populares, gracias a las hazañas y aventuras de amables y caballerosos bandidos.

Sucedió al final del reinado de Ricardo I, conocido por el sobrenombre de *Corazón de León*, cuando, tras regresar de la Cruzada en la que había participado y sufrir un largo cautiverio, era deseado y esperado por sus súbditos. Estos, durante la ausencia de su rey, habían sido sometidos a la terrible opresión de unos nobles ambiciosos que se habían excedido en sus derechos y privilegios y que se enfrentaban por el trono sin hacer ningún caso de la autoridad del Consejo de Estado.

La tiranía de la nobleza se había acentuado tras la conquista de Inglaterra por el duque Guillermo de Normandía, y quie-

nes más la sufrieron fueron los nobles ingleses, es decir, los sajones.

No habían sido suficientes cuatro generaciones para unir la sangre ni el idioma de aquellas dos razas enemigas. Los normandos, orgullosos de su victoria en la batalla de Hastings¹, impusieron a los vencidos el pago de grandes impuestos, de manera cruel y deshonesta, y les arrebataron la mayor parte de sus tierras y bienes. Mientras, los sajones, que no olvidaban su pasado y añoraban su antigua independencia, odiaban a los nuevos señores de sus tierras y no se dejaban someter por ellos.

Uno de estos nobles sajones que habían perdido sus privilegios y propiedades era el rebelde Cedric de Rotherwood. En el día en que empieza nuestro relato, dos de sus criados, Gurth y Wamba, guardaban el ganado en sus tierras. Ambos vestían ropas humildes, como corresponde a los campesinos de Yorkshire. Gurth era mayor. Llevaba un jubón de cuero muy desgastado por el uso, que le cubría desde el cuello a las rodillas, sujeto con un ancho cinturón, y calzaba sandalias también de cuero; pero lo que más resaltaba de su atuendo era un collar de latón, semejante a una argolla y soldado alrededor del cuello, que tenía esta inscripción: «Gurth, hijo de Beowulph, nacido esclavo de Cedric de Rotherwood».

El traje de Wamba era el de un bufón: jubón de color púrpura chillón con dibujos de extrañas figuras, que se completaba con una capa corta carmesí bastante sucia; adornaba su cabeza con un gorro lleno de campanillas que sonaban incesantemente y tenía los brazos repletos de brazaletes. En el cuello, un collar igual al de su compañero decía: «Wamba, hijo de Witless, esclavo de Cedric de Rotherwood».

¹ *Hastings*: batalla en la que Guillermo de Normandía derrotó al rey sajón Harold II en 1066, más de cien años antes de 1192, momento en que se desarrolla este relato.

Ninguno llevaba armas, por el peligro que supone dar armas a los de su casta, pero sí un largo y afilado cuchillo, un espadín de madera y un cuerno de caza. Al caer la tarde, estaban sentados sobre una piedra que se destacaba en un claro del bosque, muy posiblemente en otro tiempo altar druida². Junto a ellos, descansaba un enorme perro pastor, que respondía al nombre de Fangs³.

—Gurth —dijo Wamba—, será mejor que despiertes a Fangs para que vaya reuniendo a los cochinos, porque pronto oiremos el toque de queda que prohíbe andar por la calle a partir de ese momento y se están dispersando mucho entre la maleza, a no ser que quieras que se conviertan en normandos⁴.

—¡Que estos puercos van a alimentar a los normandos, para que cuando estén en sus platos cambien de nombre⁵! —replicó Gurth, mientras Fangs agrupaba a la piara—. ¡Pues, qué te parece que cuando los animales viven en el campo, gracias al esclavo sajón, se los llama por su nombre sajón y cuando se destinan a los banquetes de los señores se los nombra en normando; así pasa con el puerco, que pasa a llamarse «cerdo», o con la vaca, que cambia su nombre por el de «ternera»! ¡Por san Dunstan! ¿Sería mucho pedir que nuestros opresores nos dejaran siquiera el aire que respiramos? Porque, si pudieran, se lo llevarían también a sus castillos, como hacen con lo mejor que tenemos: lo más sabroso

² *Druida*: entre los antiguos galos y britanos, clase elevada sacerdotal, asociada al poder político y considerada depositaria del saber sagrado y profano.

³ Algunos de los nombres propios de la obra no son casuales; por ejemplo, *Witless* significa 'sin seso', 'loco' y *Fangs*, 'colmillos'.

⁴ Los personajes se refieren a la posibilidad de que los normandos se apropien de la piara si incumplen la norma.

⁵ Los sajones (y los actuales angloparlantes) emplean términos distintos para referirse al animal y a su carne; por ejemplo, el cerdo (animal) se llama *pig*, pero su carne se denomina *pork* (procedente del francés *porc*); la ternera (animal) recibe el nombre de *calf*, mientras que su carne se llama *veal* (procedente del francés *veau*).

para sus mesas, lo más amable para sus camas y los soldados más valientes para servir a los tiranos y morir en tierras extranjeras. Dios bendiga a nuestro amo Cedric, que se ha mantenido en su puesto protegiendo a los desventurados sajones.

—Cuida tu lengua, Gurth —respondió Wamba—, que si Reginald Front-de-Boeuf o Philip Malvoisin te oyeran criticar a los normandos, te colgarían de uno de estos árboles, para que sirvieras de escarmiento a los que no los obedecen.

—Ya es hora de que nos vayamos. ¡Fangs! —dijo Gurth al oír un trote de caballos.

Pero ya dos jinetes y su comitiva se veían acercarse por entre la espesura del bosque y pronto les dieron alcance. Eran en total diez hombres. El caballero que iba en cabeza llevaba el hábito de la Orden del Císter, lo que indicaba que era un alto cargo de la Iglesia. Efectivamente, era el prior Aymer de la abadía de Jorvaulx, bien conocido en todos los alrededores por su afición a la caza, a los banquetes y a otros placeres mundanos poco acordes con sus votos monacales. El compañero del prior era un hombre de unos cuarenta años, alto, delgado, fuerte y muy tostado por el sol; una cicatriz cruzaba su frente y sus ojos sostenían una mirada severa y desafiante. Sobre el hombro de su capa grana llevaba cosida una cruz de paño blanco; vestía bajo su ropa una cota de malla y del cinto le colgaba una larga espada de dos filos; detrás de él, un escudero llevaba de las riendas a su caballo árabe, armado como si fuera a entrar en combate y cargando el yelmo y el hacha del caballero sobre la silla; otro escudero más llevaba la lanza del señor, de cuyo extremo colgaba un estandarte con una cruz idéntica a la del manto, y un escudo de forma triangular. Tras ellos cabalgaban dos sirvientes negros con ropas de seda y turbantes. Gurth y Wamba se quedaron boquiabiertos ante estos caballeros medio monjes, medio guerreros.